

LIBRO SESTO.

Ramas de Cipres.

AGRADECIMIENTO

A LA NOBLEZA Y A LA GENEROSIDAD.

A GUADALUPE VILLASEÑOR DE VERDIA,

É

IGNACIA GARCIA DE VILLASEÑOR.

I.

LAS BARRANQUITAS DEL CARMEN.

[[Guadalajara, Octubre 31 de 1857.]

¡Qué perfumes los del campo
Cuando acaba de llover,
Y en las frescas maravillas
Temblar las gotas se ven!
Floridos musgos que huellan
Niñas de gallardo pié,
Rústicos bancos de piedra
Esparcidos por doquier;
Lindas rosas de Castilla,
Duraznos de rósea tez,
Perfumados y sabrosos
Que están destilando miel;
Gayas tunas que retiñe
El mas vivo rosicler
Y con inocente empeño
Saborean niñas cien;
Grupos de árboles donosos,
Huertas que son un vergel,
Bandadas de alegres niños,
Carruages, turbas de á pié;
Potros de gallarda estampa
Que ostentan lujoso arnes,
Y llevan sobre sus lomos
A una dama y á un doncel;
Parejas de lindas jóvenes
Que charlan, gozosa grey,
Corriendo frente á sus padres
En pintoresco tropel;
Chocarreros estudiantes,
Vendedores y tambien
Chinas que tocan y cantan
De pelo suelto, y tal vez

Ojos como el azabache
 Y unos lábios de clavel;
 Hombres de facha siniestra,
 Soldados sueltos, ó bien
 Elegantes decidores
 De insoportable altivez;
 Gritos, músicas, canciones
 Populares, y el vaiven
 Del gentío y de los coches
 Animán el cuadro aquel.
 Suena una alegre jarana,
 Se oye una voz de muger,
 Zapatean en el césped,
 Beben, fuman y rien.
 Aquí un niño se agazapa,
 Acullá corre un lebrél,
 Cimbra una morena el talle,
 Enseña una hermosa el pié.
 Todos gesticulan, comen
 Y critican á la vez;
 Recien unidas parejas
 Se hablan con dulce querer.
 Tras de las tápias del Cármen
 Junto á la estensa pared,
 Jugando están á las nueces
 Y por ménos que una nuez,
 Riñen ébrios los plebeyos
 A palos ó á puntapiés
 Entre los puestos de fruta,
 O el bien surtido mantel.
 Hay columpios en las ramas
 De los sauces, juegos cien,
 Volatines y la música
 Militar, que con placer
 La oyen los niños bailando,
 Y las jóvenes tambien

Seguidas por sus amantes
 En el laberinto aquel.
 Frente á la casa de Escorza
 Contínuos grupos se ven
 Mirando al fraile carmelo
 Allá en su hermita, de pié,
 Cediendo á oculto resorte
 Que lo hace otra vez volver
 A sentarse en esa gruta
 De conchas doradas y el
 Lindo arco de rojas piedras,
 Que tan cubierto se ve
 Por los follages floridos
 Que lo aprisionan doquier.
 En muchas huertas se sirven
 Con galana sencillez
 Ricas, sabrosas meriendas
 En las que reina el plácer.
 Bajo de altos corredores
 Mucho se baila despues,
 Al son de música alegre
 Que anima hasta enloquecer.
 Melancólica y alegre
 Así la música és.
 Que hoy mezela nuestros pesares
 Con nuestras dichas de ayer.
 Las Barranquitas del Cármen
 Cual recinto del plácer,
 Son un lugar de delicias,
 Que Dios nos dá por merced
 Las praderas alfombradas
 De flores, y ese dosel
 Azul sembrado de estrellas
 Como muestra de su Eden.
 ¡Qué panorama tan bello!
 ¡Qué perspectiva, el joyel

Del sol su lumbre apagando
 En el horizonte, en vez
 De cortinas de escarlata,
 Nubes violadas que á fuer
 De que son leves vapores
 Negras se tornan despues!
 Los ruiditos de la tarde,
 Véspero que empieza á arder,
 Sobre los vecinos montes
 Con radiosa languidez;
 Las sombras de los barrancos,
 El aire que sopla fiel,
 Y los lejanos paisages
 Que fantásticos se ven;
 Los melancólicos gritos
 De las ranas, todo á fé
 Anuncia llega la noche
 Ya en su ocaso el astro rey.
 La calle de la Parroquia
 La llena el gentío aquel,
 Cuando á la ciudad se vuelve
 Y mas si rompe á llover.
 ¡Qué algazara, entónces, cielos!
 Todos quieren á la vez
 En las puertas ó zaguanes
 Su persona guarecer.
 Se embozan en sus zarapes
 Los ginetes, y en tropel,
 A rienda suelta galopan
 Gritando á mas no poder.
 De prisa ván los carruages,
 Pero á la gente de á pié
 No la moja el aguacero
 La baña entónces mas bien.
 Cuando todos se volvían
 Yo llegaba al sitio aquel

Al escape del caballo,
 O con un amigo á pié.
 Muchos domingos mi Elodia
 Iba á aquel paseo á ver,
 En union de sus amigas,
 La concurrencia tal vez.
 Las tardes de entre semana
 Yo me acuerdo que al volver
 Muchas veces, muchas veces
 Con amor la saludé.
 A una huerta íbamos siempre
 Juntos cinco años despues,
 De plúmbagos y rosales,
 De hortencias, rosa-laurel.
 La llamamos "la casita
 Del Cármen;" ¡qué linda es!
 Una quinta de dos pisos
 Con mirador y vergel.
 Hay macetero en su pátio,
 Mira al oriente, y despues
 Várias calles de duraznos
 Y de perales tambien,
 Conducen hasta su entrada
 Tegiendo sombra y dosel.
 Allá en las tardes de Junio
 Fuimos juntos otra vez
 Y nos cortaba duraznos
 Y maravillas, y cien
 Agasajos nos hacia
 Allí una pobre muger.
 ¡Qué casita tan simpática!
 ¡Cuántas veces yo pensé
 Bajo su rústico techo
 Pasar mi luna de miel!
 Retirado de los hombres,
 Del cortesano entremes,

Dichoso mas no envidiado
 Nunca del mundo cruel.
 Oculto sitio campestre
 Como un escondido Eden,
 Que en parage solitario
 Te alzó un amante tal vez.
 ¡Cuál resaltas en el fondo
 Del horizonte, al caer
 La tarde entre rojas nubes
 De vívida fulgidez!
 Te hiere triste la luna
 Y en Julio, me acuerdo bien,
 De la esquila *duraznera*
 Se oye allí el toque fiel.
 Nuestro paseo primero
 A las Barranquitas fué;
 Allí con pasión nos vimos
 Solos por primera vez.
 ¡Qué de cosas no la dije
 La hermosa tarde al caer,
 Y era una tarde de Octubre,
 De ese delicioso mes
 En que el cielo se despeja
 De nubes, y logran ver
 Nuestros ojos las espigas
 De la sazónada mies.
 Mes de las templadas noches,
 Noches de amor y placer,
 En que la luna apacible
 Brilla con mas palidez;
 En que se aspiran perfumes
 En el campo y el vergel,
 Del nardo y *huelede noche*,
 De los jazmines también.
 ¿Qué hablamos en esa tarde?
 ¿Qué pensamos esa vez?

Ni ella lo recuerda nunca,
 Ni yo lo he podido hacer.
 Se me veía en sus ojos,
 Que suspiraba á sus piés,
 Jugando con mis cabellos
 Sus manos que eran mi bien.
 Bañaba mi faz su aliento,
 Un mundo gozando ¡ay mé!
 Que era mi esposa ese ángel,
 Y era todo mi querer.
 Preguntadlo á las estrellas,
 A los céfiros y á aquel
 Olorcito de la noche,
 A la luna que esa vez
 Melancólica en Oriente
 La vimos los dos nacer,
 Solitarios en el campo,
 Descubierta nuestra sien;
 Preguntadle nuestra dicha
 Si nombre tiene el placer,
 De dos almas que se adoran
 Sin traba, límite ó red;
 De dos almas que se juntan
 Tras de inmenso padecer,
 Almas á quien Dios bendice,
 Dichosas solo por EL.



II.

SANTA REVELACION.

(San Pedro, Casa de los Amados, Marzo 19 de 1858.)

Tinto el suelo con sangre fratricida
 El trueno del cañon ronco se escucha,
 Y huye la amable Paz despavorida
 Entre el rojizo incendio de la lucha.
 ¡Adios, blanda quietud apetecida!
 ¡Grande es mi pena, la miseria es mucha,
 Reina doquier la zaña y el encono
 Y el pobre hogar con mi ángel abandono!

¿A donde iré sin techo y sin abrigo?
 ¿Qué árbol sagrado nos dará su sombra?
 ¿Podremos encontrar albergue amigo?
 ¡Esta es la negra cuita que me asombra!
 Pero mi amada Elodia vá conmigo
 Y Dios ámplio camino nos escómbra,
 Que con su ayuda providente y santa
 Fijamos con valor la incierta planta.

¿Este es el porvenir que te ofrecia?
 El erial del dolor tu planta huella,
 ¡Cuán pálida te encuentro, esposa mia!
 ¿Por qué te alumbra mi nefasta estrella?
 Así á mi amor llorando le decia
 Y con santo rubor respóndeme ella:
 "Algo se ha estremecido en mis entrañas,"
 ¡Y una lágrima tiembla en sus pestañas!

III.

EL HIJO PRODIGO.

[San Pedro, Casa de los Castillos, Agosto 13 de 1858.]

La indecision gufaba mis pasos vacilantes,
 Y allá en la plaza pública mi duda era tan honda,
 El deber me impelia, la voz de Dios me hablaba,
 Crujíanme los huesos secándose mi boca.
 Mi hermana pequeñita entónces se me acerca,
 Se conmueve y me arrastra con súplica afectuosa,
 Y llego entre zozobras á la paterna casa,
 Traspaso los umbrales con mi esperanza loca.
 Hijo pródigo vuelvo marcándose en mi frente
 Los pesares que agitan á mi alma tormentosa;
 Allí estoy cual la imágen del negro desengaño,
 Con las entrañas mias por el tormento rotas.
 El autor de mi vida hallábase á la mesa,
 Oye el rumor y torna la vista indagadora;
 Yo caigo de rodillas y del absorto anciano
 Las primeras palabras se turban y entrecortan.
 Los criados se enternecen y rómpese en sollozos
 Mi pecho que desgarran hondísimas congojas.—
 Yo beso aquellas manos que, cuando tierno niño,
 Me bendijeron siempre guiándome afanosas;
 Contemplo aquellas canas que nunca he deshonrado
 Porque mis ansias fueron en todo tiempo heróicas.
 Tal escena no puede mas tiempo prolongarse,
 Unos llorando callan, otros tal vez sollozan.
 "Tiempo hace, dice luego, que yo te he perdonado"
 Y en tan feliz momento las lágrimas me ahogan.
 ¡Bendigo á Dios y pienso en tan sublime instante,
 En el hijo de mi alma, en mi querida Elodia,
 Y salgo de la estancia y siento todavía
 Que las paternas manos mi helada frente tocan!

IV.

¡ GLORIA A DIOS!

[San Juan de los Cedros, Agosto 19 de 1858.]

I.

¡Qué alegre en la mañana
 Brilla aquí el sol, los pájaros gorgean,
 Borda el rocío con celeste lluvia
 De esta ventana la gentil cortina
 De blancas yedras que en el campo se abren
 Salpicando el follage! Allá á lo léjos
 Corre entre el césped espumante arroyo
 Bajo árboles copados do murmura
 Brisa armoniosa; en límpidos espejos
 Se ven las flores de azuladas tintas
 Empapando su seno en la onda pura,
 Que fiel retrata el cielo y el paisage.
 Por veredas ocultas y distintas
 Llegan allí los fatigados ciervos,
 En el calor de polvorosa siesta
 Cuando arde el sol en Mayo
 Y en velos de oro envuelve la floresta,
 Llegan allí á beber con las palomas
 Del gran bosque vecino.
 Tras del rústico puente
 Cada vez mas variada rica alfombra
 Tapiza la pradera, ancho camino
 Se demarca en el valle, y á la sombra
 De los añosos árboles de enfrente,
 Se ven las torres góticas y esbeltas,
 Y la casita blanca del molino
 A quien besa la undívaga corriente.
 ¡Cuál se divisan las informes calles
 De agrestes chozas de pajizo techo,
 Con sus huertos y establos, y en el fondo

Las tejas encarnadas, trecho á trecho
 Aroman entre el verde del follage
 Alegrando la vista; hermosos perros
 Trillan las sendas á la vez floridas,
 Y azulean los cerros
 Coronados de nubes, miéntas vuelan
 En el jardin carmíneas mariposas,
 Y corre el rio, y las abejas zumban,
 Y el antiguo cipres mece sus ramas,
 Y se completa el mágico paisage
 De césped, agua y luz, aves y rosas!

II

Es un dia de Agosto en que los cielos
 Ríen con su sonrisa mas hermosa,
 Y los alados músicos suspenden
 Al alma con su plácida armonia.
 Templado el aire, azul el firmamento,
 Húmedo el campo, rutilante el dia,
 La agua sonando, recinoso el viento.—
 ¡Oh San Juan de los Cedros! ¡quién creyera
 Cuando yo vine aquí, niño inocente,
 Que en tu recinto viera,
 Despues de tantos años,
 El hijo de mi amor la luz primera?
 Perla del corazon, flor de una aurora,
 Pedazo de mi Elodia, vida mia,
 Por voluntad del Hacedor Supremo
 Hoy al rayar la luz. mi hijo nacia.
 ¡Gracias, Señor! mi lábio reverente
 Con la efusion mas grata te venera,
 Que no cabe esta dicha indeficiente,
 Como tu misma gloria inmaculada,
 No cabe en mi alma entera.

III.

Ven, tierno niño mio,
 Que quiero conocerte,
 Ven que tú has sido mi constante anhelo,
 Serafín del Señor, déjame verte.
 Tus ojos son azules como el cielo,
 Tu frente despejada
 Me dice cual será tu inteligencia.
 Tu madre de antemano enamorada
 De tí, se goza viéndote en mi seno,
 Y en lágrimas de amor su faz bañada
 Aspira tu perfume de inocencia.
 Besa su frente, Elodia, es nuestro hijo,
 Acarícialo, tómalo en tus brazos,
 El es nuestro tesoro,
 Y al estrecharlo con sin par ternura
 Unase, Elodia mia, nuestro lloro.
 Desde ántes que naciera
 Le amábamos los dos. ¡Cuánta ventura
 Nos concede el Altísimo! En el mundo
 Acabó nuestra mísera pobreza,
 Somos ricos con él, Dios con nosotros
 Está, sufrimos en la tierra tanto,
 Errantes, perseguidos, sin consuelo,
 Que apiadado el Señor templó su enojo
 Y, como íris de paz, tras el quebranto,
 Nos ha mandado un ángel de su cielo.
 Bendigamos á Dios por tal fortuna,
 Y un cántico de dicha y alabanza
 El primer canto sea
 Que entones al mecer su endeble cuna,
 Radiante de ternura y de esperanza.

VIDA INTIMA.

[Guadalajara, Abril 9 de 1859.]

Linda es mi casita cual pensil de rosas,
 Jaula de zenzontlis, de mirlas parleras;
 Una trepadora de amarillas flores
 Tapizando un arco nemorosa cuelga.
 Esbeltos naranjos el aire embalsaman,
 Los rosa-laureles sus ramos ostentan,
 Y el brocal del pozo, puertas y ventanas
 Verdes encortinan gayas madre selvas.
 Silban los mulatos, cantan los gilgueros,
 Los pardos gorriones alegres gorgean,
 Y en la ardiente siesta cuando ellos se callan
 Las tórtolas tristes sollozando quedan.
 Blanca es mi casita, graciosa y humilde,
 Cautiva su pátio por su sombra densa,
 Silvestre morada que el amor escoge,
 Y alfombra de rosas primavera eterna.
 Parece una isla mansion de los céfiros,
 De ninfas del bosque gallarda vivienda,
 Nido en que suspiran nuestros corazones,
 Donde nuestros lábios trémulos se besan.
 Allí á nuestros ojos, ¡pedazo del alma!
 Nuestro hijo entre flores rubicundo juega.
 Yo vivo en tus brazos, tus santas caricias
 De mis desventuras de ayer me compensan,
 Cada vez se aumentan los afectos míos,
 Cada vez la dicha de los dos se aumenta.
 La virtud preside tan feliz consorcio,
 Que Dios santifica la santa pobreza,
 Que en este soñado paraíso, Elodia,
 Nuestro hijo es el ángel de la guarda nuestra.